

Ismael Haiek, periodista argentino, director de la Orient News International Service, ha pasado los últimos diez meses entre los guerrilleros palestinos, tomando parte, incluso, en algunas misiones cumplidas por los "fedayin" de la Organización de Liberación de Palestina en territorio ocupado por Israel. El reportaje que damos a continuación es una exclusiva mundial y constituye un valioso documento para comprender las circunstancias que rodean a las máximas personalidades de Al-Fatah, núcleo matriz de las guerrillas que hoy acosan a los israelíes. El periodista, que habló con Yasser Arafat y Abu Lotuf, ha sido un testigo de excepción en el diálogo mantenido por los dos jefes, a quienes algunas informaciones de la prensa internacional daban como distanciados y enfrentados en actitudes disímiles.

LOS JEFES TI

Por ISMAEL HAIK

Las versiones circulantes en el mundo árabe son confusas y contradictorias y, al final, uno termina sin saber si obedecen a la realidad o son, contrario sensu, una manifestación de habilidad de los servicios de información e inteligencia de la Organización de Liberación de Palestina, el núcleo madre de las diversas agrupaciones de guerrilleros que preocupan a Dayan.

El caso es que es frecuente oír hablar —desde Beirut a Kuwait— sobre las continuas dificultades que implica para el alto mando de las guerrillas las controversias entre Yasser Arafat y Abu Lotuf. Se comenta que ambos jefes están distanciados por una enemistad donde se mezcla la pasión política y una antigua rencilla personal, al parecer, de una cuestión entre las familias de ambos.

Al final, uno termina ignorándolo todo. No sabe si la idea de fundar Al-Fatah ha sido una ocurrencia de Arafat, una tarde del mes de marzo de 1958, o si ha pertenecido a Lotuf, quien la propuso a sus compatriotas al regreso de una estancia en el Kuwait. Tampoco se sabe quién es el jefe, el que manda. Aparentemente, Arafat lo es todo en Al-Fatah, el mayor de los movimientos de guerrilleros (que se dice cuenta con más de 50.000 hombres); sin embargo, en los últimos meses, Abu Lotuf parece haber ascendido varios peldaños en la jerarquía de los "fedayin". Según el comentario —casi unánime, por otra parte— de los medios políticos responsables, el último se ha cansado de su papel de «eminencia gris» que Arafat —hablidoso y taimado— le había asignado, con objeto de aprovechar su inteligencia y, al propio tiempo, reducirlo a una virtual impotencia en el mando.

—¡Vaya uno a saber! —me dijo un periodista francés en El Cairo—; tratándose de árabes todo es posible...

El desdén con que lo dijo no me sorprendió en absoluto. Y no

era, tan solo, que el comentario proviniera de un antiguo «pied-noir». Soy argentino, descendiente de árabes y esta condición es, precisamente, la que ha armado mi espíritu para desconfiar de las estratagemas de los jefes árabes. ¿No se dice, acaso, que no hay peor astilla que la del mismo palo?



MI ENCUENTRO CON LOS DOS RIVALES.

Reconozco que fue el destino —y esto no significa que sea fatalista—, más que mi perseverancia de periodista, lo que me puso en camino de la gran información, la que me iba a permitir conocer, de muy cerca, los motivos de las discrepancias entre Arafat y Lotuf, y, por añadidura, fotografiarme junto a ambos. La foto, especialmente, tiene interés por la presencia del segundo. Hace veinte años que no se conoce una fotografía suya, aunque fuese de espaldas. Más aún: hacía veinte años que no se fotografiaba por ningún concepto. No en vano, los cazadores del amanecer —uno de los grupos sionistas más extremistas, desprendido del antiguo Irgún, el ejército clandestino judío culpable de la muerte del conde Folke Bernadotte— lo ha declarado «enemigo público número uno» y los servicios de inteligencia de Israel lo reclaman constantemente. Entonces, se preguntarán ustedes, ¿cómo es posible que se haya dejado fotografiar en esta ocasión? Oriana Fallaci, la brillante aunque poco veraz periodista italiana, respondería el interrogante de un modo claramente favorable a sus dotes de «sabueso» periodístico. Yo lo haré mucho más sencillamente. Pero deberán esperar a que llegue su momento.

Volví con un grupo de guerrilleros de cumplir una misión en territorio israelí, cuando fui notificado de que me apresurara a presentarme ante el puesto de la Comandancia del campamento-base en que nos encontrábamos. Se me requería para ser testigo

de una «importante reunión de los mandos superiores».

Todavía frescos —demasiado frescos— en mí los recuerdos de una noche de caminata por la llanura, el cruce del Jordán, la «ocupación» de una casa semidestruida, ya en territorio ocupado por Israel y, desde allí, el bombardeo —con morteros, bazookas y granadas— de una posición judía hasta lograr su destrucción, la del polvorín y la muerte de sus integrantes, me higienicé lo más rápidamente posible. Mi traje de «fedayin» tenía manchas de sangre: contra mi hombro derecho se había apoyado Abu-Hussain, el guerrillero cuya cabeza atravesara una bala de fusil enemigo. Pensando en su más que trágica muerte, pues hubo necesidad de «rematarlo» antes de dejarlo abandonado al suplicio del dolor, encontré que un cansancio muy grande se apoderaba de mí cuando me dirigía a la tienda de campaña sobre la cual ondeaba el banderín del Comando. Los dos «fedayines» que cerraban el paso hacia ella, armados con la popular y poderosa Klassinkovf —ametralladora rusa, cuya vaina porta treinta y dos balas, creada por la técnica que le dio su nombre—, me abrieron paso.

—Los jefes te esperan, hermano —fue todo cuanto me dijeron.

A Yasser Arafat ya le conocía. Había estado con él en la capital egipcia, en la Liga de los Estados Árabes, y en la emisora de los «fedayin», en otra oportunidad. Su robusta y corta figura me era familiar. También esa sonrisa, tan igual a la que uno siempre puede ver en labios de cualquiera de los comerciantes árabes de la portaña calle de Jujuy, que le esperan con su proverbial «pichincha» (oferta muy barata) tras el lustroso mostrador de madera. Pero al otro jamás le había visto. Poniéndose de pie —según costumbre occidental, detalle de cortesía que no me pasó inadvertido—, Arafat me presentó a su acompañante.

—Le presento a nuestro hermano, amigo y colaborador, el instructor Abu Lotuf.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, el otro se adelantaba, tendiéndome su mano, al tiempo que el tradicional y coránico «la paz sea contigo» fluía de sus labios.

Cualquiera lo hubiera tomado por un imán, a pesar de las ropas militares. Yo me puse en guardia. La ocasión era demasiado importante como para no hacerlo.



UN DIALOGO DE TRES.

Salimos fuera de la tienda. Tanto Arafat como Lotuf estaban allí para inspeccionar la base. Por todos sitios había movimiento. Se trataba de un campamento mixto, de tropas de ambos sexos. En alguna parte, apoyado contra una semidestruida pared, un guerrillero reposaba, tal vez del regreso de alguna misión. Pasamos por delante de una tienda mucho mayor que las demás: se trataba del depósito de armas y municiones que, esa misma noche, partirían hacia distintos campamentos. En los cajones se leían los nombres de los puertos de procedencia: Moscow, Shanghai, London, Milano...

Un grupo volvía de hacer práctica de tiro con bazooka y, un poco más distante, otro realizaba ejercicios de judo y karate a las órdenes de un oficial irakí. Nos cruzamos con un chino, embutido en uniforme de «fedayin», que nos saludó ceremoniosamente, con el mismo ritual con el que le respondieron mis acompañantes: se trataba de un musulmán. Otros núcleos asistían a clase: los niños y muchachos aprendían a leer y escribir, enseñados por jóvenes maestras. Los guerrilleros —hombres y mujeres, correctamente y en orden— asistían a cursos de adoctrinamiento político.

ESPERAN, HERMANO!

UNA ENTREVISTA
CON YASSER ARAFAT
Y ABU LOTUF



Abu Lotuf, Yasser Arafat e Ismael Halek, en las posiciones guerrilleras. La separación de los jefes de Al-Fatah es una leyenda difundida por Israel. Esta es la primera fotografía en que aparece Lotuf. En la portada damos su original en color.

—Un guerrillero es algo más importante que un simple combatiente: se trata de un célula viva de nuestra Revolución —dijo Yasser Arafat, respondiendo, de este modo a la muda interrogación de mis ojos.

Finalmente, concluida la inspección, al menos en sus aspectos formales, tomamos asiento, a pleno sol, sobre la hierba, para hacer los honores a una frugal merienda, compuesta de dátiles procedentes de Gaza —los habían

traído unos «fedayines» luego de una incursión a la zona ocupada— y de pan árabe, sin miga y tan redondo y grande como una boina vasca.

—Se preguntará el porqué de

esta especie de audiencia —me dijo Arafat—, pues Lotuf, hasta entonces, no había hablado.

—Le confieso que estoy extrañado. Yo pensé que usted y su compañero estaban distanciados. O, más bien, que eran enemigos irreconciliables.

Una risa convulsiva asaltó, de pronto el rostro aceitunado de la «eminencia gris». Bajo su kafia, escondidos los ojos por los pliegues de la misma, apenas si se podía adivinar otra cosa que la blancura de los dientes, dos filas parejas de relucientes piedrecitas blancas.

—La historia de nuestra enemistad ha corrido por el mundo. Yo mismo, en Pekín, debí afrontar las inquisitivas preguntas de los funcionarios del Ministerio de Defensa, que deseaban asegurarse la verdad. Pero, la verdad, ¿sabe usted dónde se encuentra?

—No precisamente entre gente que habla de un modo capcioso —respondí a Lotuf.

Nunca me ha gustado servir de instrumento a nadie, ni aun por la causa más grande del mundo. Soy demasiado independiente para eso. Tal vez, por eso añado, casi sin darme cuenta:

—Estoy aquí para llevarme información. Información buena, de primera agua. No me interesan las conjeturas, sino los hechos reales. Por eso quiero dialogar. Saber qué pasa en realidad. No me interesa ser testigo de la amistad o enemistad de ustedes más que en un sentido periodístico.

—Bien, amigo, será un diálogo de tres.

Arafat fue breve y conciso. Fijó, por añadidura, la base de aquella conversación que llevaba, por otra parte, todas las trazas de convertirse en dialectal enfrentamiento.

lavadoras automáticas Miele



Lavadora Mod. 429

¡perfección hasta en el más pequeño detalle!

Automatismo completo • Programas termoregulados • Ritmo de funcionamiento variable según la clase de ropa • Giro del bombo en ambos sentidos • Sistema de doble lavado • Nivel de agua variable • Bomba de desagüe con filtro • Centrifugado a 700 r.p.m. • Chasis en esmalte vitrificado (procedimiento Miele) • Tambor de acero inoxidable • Suspensión a base de amortiguadores telescópicos • Seguridad y eficacia.

Miele

A la vanguardia de la industria alemana

LOS JEFES TE ESPERAN, HERMANO!



Una infrecuente fotografía de Yasser Arafat. El líder palestino aparece sin sus tradicionales gafas oscuras, inmediatamente detrás de la cabeza del niño. Cuando Arafat marchó a Pekín, Lotuf tomó el mando de los guerrilleros...

¿ASPEROS AMIGOS O CORDIALES ENEMIGOS? — Bueno, comencemos por establecer sus discrepancias, porque me imagino que alguna, al menos, existirá.

—Una organización como la nuestra no se pone en marcha ni funciona angelicamente. Por otra parte, nosotros no pedimos a nadie unanimidad en los criterios. Comprendemos que cada hombre es un ser independiente y debemos respetarlo.

—Bien, Arafat, esa es su respuesta. ¿Y la suya, Abu Lotuf?

—Muy simple: soy partidario de una acción profunda, total. Tal vez se diga de mí que respeto poco la libertad del hombre. Pero mi parecer es que tenemos la obligación de fijar, en el alma de cada uno de nuestros guerrilleros, conceptos muy claros para que la Revolución esté bien definida ideológicamente desde el principio.

—¿Es que no son ustedes nacionalistas?

—Sí, todos lo somos, desde que estamos luchando por nuestra nación. Pero hay modos muy diversos de ser nacionalista. Yo, por ejemplo, soy nacionalista revolucionario. En este sentido creo que existe alguna diferencia con la línea de Arafat...

—En realidad, hermano, tú y yo somos hijos del pueblo y no podemos olvidar, bajo ningún concepto, que no nos basta lograr la independencia de la patria. Debemos dar justicia social al pueblo.

—¿Qué clase de justicia social?

—Creo en la sociedad sin clases. Cuando construyamos Palestina, cuando el Estado Palestino sea una realidad tangible, no podremos tolerar la existencia de ricos y de pobres, de explotadores y oprimidos.

Esa fue la respuesta de Arafat. Su «enemigo» me dio la siguiente.

—Pueden parecer vanas palabras, pero crea que nos animan sentimientos auténticamente revolucionarios. La sociedad sin clases es una posibilidad que los nuevos países podemos poner en práctica. Afortunadamente, nosotros no

tendremos que soportar antiguas rémoras. No es como ustedes, en América Latina, que deben reemplazar a unos regímenes por otros. Nosotros, no; llegamos y ¡listo!, instalamos un Estado justo. Al menos, lo más justo posible.

—¿Sin propiedad privada?

—Sería estúpido. La propiedad privada es uno de los fundamentos de la naturaleza humana. Pero regularemos el sentido de propiedad, le daremos unos límites muy precisos, impidiéndole desbordarse —respondió Arafat.

—Nos acusan de comunistas en algunos círculos. Son quienes desean hacernos daño. Somos eminente y prácticamente nacionalistas. Pero, ¿desde cuándo el nacionalismo tiene que ser clasista? Aquí, en Al-Fatah no hay clases. No las necesitamos. Simplemente, tenemos jerarquías militares y políticas. Pero esas jerarquías hay que ganárselas a pulso. Aquí nadie llega y dice: «Quiero ser jefe». A qui se viene a pedir un puesto de combate y, si se es digno de él, es otorgado. Pero esa jerarquía no tiene significación material. Somos todos iguales, y tanto vale la vida un de un soldado como la de un oficial...

—Pero, Lotuf, ¿en qué quedamos? Hace un rato usted me decía que, seguramente, era quien menos respetaba la libertad de los hombres...

—Sí. Y me ratifico. Pero esto no quiere decir nada sobre cuanto afirmé anteriormente. Creo que la patria exige la entrega total y el sacrificio de todas las apetencias e inquietudes personales...

—Comparto ese juicio, aunque me gustaría señalar que puede ser extremadamente peligroso, pues se va camino de confundir patria con Estado y de convertir los intereses de aquella en los del último.

La respuesta de Arafat, el jefe, puso punto a esta parte del diálogo. Naturalmente, no sería yo quien se conformara. E insistí:

LA CUESTION DE LOS MEDIOS. — Confieso que hasta ahora ustedes me parecen, más bien, unos áspetros amigos antes que cordiales

enemigos, según lo que había oído por ahí.

—Lo importante, en hombres que deben trabajar en una causa común, muy superior a ellos, no es que sean amigos o enemigos. Lo importante es que sus inteligencias armonicen y den, como resultado, un trabajo positivo.

Abu Lotuf había hablado con la meticulosa pasión a que ya me tenía acostumbrado, y que se le nota en el modo de «masticar» las palabras, como si las moliese, al tiempo que las envuelve en el fuego de su espíritu.

—Vea, amigo, la cuestión de nuestra amistad o enemistad, ¿qué tiene que ver con Al-Fatah? Usted podrá decir que, en el fondo, se trata —o puede tratarse— de una lucha por los puestos de mando. Pero, ¿quién puede tener interés en mandar aquí? ¿Sabe qué puede ocurrir si perdemos esta mal-dita guerra?

—Sí, que los maten. También pueden ser muertos sin perderla. Sin embargo, ¿qué pasa si la ganan?

—¡Oh!, quizá seamos tan viejos que nos veamos obligados a pedir nuestro retiro —se rió Lotuf.

—¿Va a decirme que no sueña con el mando total?

—Si no lo hiciera, sería un necio.

—Con la misma sinceridad, ¿puede afirmar que no lucha, ya mismo, por ese mando?

—Amigo, en las actuales circunstancias nosotros no podemos permitirnos el lujo de ser totalmente sinceros. Créamelo: no sería sincero, sino tonto...

Arafat interrumpió las declaraciones de su colaborador (o Lotuf lo fue por el suyo, según las tornas) con una sonora carcajada.

—Le pido que abandonemos ese tema. Habíamos dicho que iba-

mos a plantear solamente la cuestión de las posibles discrepancias entre los que mandamos en Al-Fatah. Y esto, como dice un antiguo refrán que aprendí de un compañero español, está pasando de castaño oscuro.

—Lo comprendo, pero yo tengo el deber de preguntar para informar. Ahora, ¿me quiere decir alguno de ustedes por qué ha sido necesaria esta conversación y debido a qué un hombre como Abu Lotuf se dejó fotografiar, sabiendo que la película será dada a publicidad?

Por primera vez, Lotuf pidió permiso a Yasser para responder. Y lo obtuvo.

—Mire, amigo, todo es muy sencillo. Usted no se marchará de aquí hasta dejarnos una copia de nuestras respuestas. Las puede poner como quiera, en el orden que se le ocurra. Pero nuestras palabras deben pasar al papel tal cual están en la grabación...

—Bien, Abu Lotuf, bien. Pero déjeme que termine yo de explicar al amigo Haiek —le interrumpió el jefe de Al-Fatah. Y concluyó.

—Le hemos dispensado a usted el honor de esta verdadera primicia: Abu Lotuf y Yasser Arafat no son enemigos. Al contrario, su camaradería viene de mucho tiempo atrás. Es necesario que los occidentales no se engañen con respecto a nosotros. Intentan dividirnos para apoyar a Israel. Y nosotros estamos más unidos que nunca. Queremos dar fe de ello. Y por eso se fotografía Lotuf junto a usted y a mí. Es cuestión de medios. Y lo hemos elegido a usted porque, al marcharme a Pekín, Lotuf tomará el mando y queremos dejar constancia de esta situación...

—Así que, en definitiva...

—¡Nada, amigo, que somos compañeros, amigos y hermanos! ■

Reportaje gráfico: O. N. I. S.